

LA CALMA —Lo que pasa que si yo no te pego un grito, no entendés. Vos no entendés. Hace dos años que te lo estoy diciendo. —No, pero no es que no entiendo. Lo que pasa que no estoy de acuerdo. Él hace tiempo que me dice hinchapelotas, así me bautizó. Yo no lo bauticé de ninguna manera todavía, pero tengo guardado un nombre por si la cosa se pone más difícil. Es “inútil”, ¿le molestará? No estoy segura, antes estaba segura de un montón de cosas y ahora me confundo. Nos peleamos por las mismas cosas que todas las parejas. Somos dos figuritas recortadas por un bebé, así de básico se puso todo. Estereotipos. Yo: “Lavá los platos”, él: “¡Pero si ayer te los lavé!, ¿qué más querés?”. O si no: “Vos no me vas a decir a mí lo que tengo que hacer”, esa es una fija. O dice que los va a lavar pero cuando quiera él, la montaña de platos sucios se amontona en la pileta por dos o tres días y yo tengo miedo de que nos invadan las cucarachas, entonces voy y lavo. La pileta de la cocina es el centro de una disputa que arrastra toda la casa, como un remolino. Al inodoro lo lavo yo, porque a él le da asco. También cambio las sábanas, cosa que nunca se le ocurre, mando a lavar las frazadas, le paso Cif al microondas o a la heladera, el plumero a los zócalos y atrás del televisor, en los lugares donde se juntan telarañas. Me subo a una escalera para matar una araña que vive en el techo. Compró canastos para poner las papas, las cebollas, una canasta más chica para guardar todas las cosas que quedan tiradas arriba de la mesa. Compró broches para colgar la ropa, tornillos, miro videos para aprender cómo se usa un taladro, encolo el tope del barral de la cortina que se salió, enceró el piso, cambio lamparitas. Si me mirara como soy ahora con los ojos del pasado, me moriría de la bronca. Estallaría. No estallo porque todo fue de a poco y me fui acostumbrando, ese debe ser el secreto y creo que ahora estoy en condiciones de entender a todo el mundo. También estoy tratando de tomarlo todo como un experimento: somos ratones en un laboratorio, y el experimento es que yo escribo. Lo que pasa que a él lo crió una mamá que lo atendió siempre, le hizo todo, y a mí mi mamá, no sé cómo hizo pero me sacó medio feminista. O me saqué yo sola, nunca me gustó verla en ese lugar de estar parada cocinando mientras nosotros comíamos a dos metros, sentados y servidos. Hay un tipo de familia donde las madres se sientan últimas a la mesa y después quedan comiendo solas, antes de levantar los platos que los otros dejaron. Cuando íbamos con mis hermanos a lo de mi abuela, ella me decía “Poné la mesa”, a mis hermanos no, porque yo era la nena. Como sea, mi mamá y mi papá tenían su pacto (ella le administraba la casa, le usaba la tarjeta, podía decidir si comprar un terreno con los ahorros) y nosotros tenemos el nuestro, que no está muy claro. Trabajamos los dos y yo pretendo que las cosas de la casa se repartan con un poco de equidad, pero no cuento con que él solamente tiene ojos para la comida y alguna cosa más. Eso es verdad, lo de la gente que tiene ojos para algunas cosas y otras no las percibe. En un tiempo viví con una amiga. Yo tenía plantas y las cuidaba, cuando me iba de viaje le pedía que regara las plantas pero nunca se acordó. Una vez llegué y una planta en una maceta colgante estaba completamente muerta, marrón y reseca. A pesar de que la maceta estaba colocada en un lugar de paso, a la altura de la vista, ella me juró que nunca la había visto en esas semanas que pasé fuera de casa, y yo le tuve que creer. Pienso que eso es posible, que cada uno tenga armado un mundo en su cabeza y sea lo único que percibe. Eso lo vuelve todo más comprensible y fastidioso a la vez: hay gente que no ve la tierra, hay gente que la ve. A mí me tocó estar en el segundo grupo y por lo tanto, desarrollar cualidades y actitudes para presionar a la gente del primer grupo con la esperanza de que se conviertan en personas que también ven la tierra, que agarran la escoba para juntarla. Últimamente también se le dio por decirme que soy tonta, porque ya tenemos más confianza y se ve que muestra cosas que antes prefería ocultar. Si dije algo que él no hubiera dicho delante de los gasistas que vinieron a hacer un arreglo: “Vos sos tonta, sos mujer y se dan cuenta de que no sabés nada, por eso te cobran tan caro”. Si traigo una lata de pintura y un pincel para pintar una lámpara arriba de la mesa, y él

como piensa que voy a volcar me ordena que vaya a pintar a otro lado, y yo no le hago caso: “¿Pero qué sos, retardada? ¿No entendés que te estoy diciendo que vayas a otra parte?”. No, pero no es que no entiendo, es que no estoy de acuerdo. Y se calienta, cómo se calienta. Grita como un sacado. Patea cosas. Lo que tenga a mano, solo que hasta ahora por suerte se cuida de que no sea nada que se rompa de verdad: alguna silla, una caja que está en el piso. Una vez lo vi pegándole trompadas a un colchón, me pareció bastante controlado. Después, cuando le digo que es violento, se pone como loco. Dice que nada que ver. Y cuando le digo que me da miedo porque no sé lo que puede llegar a hacer cuando está tan sacado, me dice que no sea boluda. Yo me confundí. Antes no me parecía normal que alguien golpee las cosas, me decepcioné mucho cuando le conocí esta parte, pero ahora a veces me encuentro pensando que la bronca se tiene que descargar y mientras no la descargue sobre mí, no pasa nada. No sé si no pasa nada. Esta es una historia de amor, es lo que pasa con el amor cuando la gente comparte la casa y se descubre. Desde el principio él me gustó porque parecía más bueno que yo, entonces pensé que me podía hacer un poco menos dura. Ahora no estoy ni dura ni blanda, encontré otra manera para esquivar la confrontación. Creo que recorrí, a la velocidad del rayo, el camino que a otras mujeres les lleva veinte años: no le hablo. O mejor dicho, le hablo lo normal, lo mínimo, hoy pasó tal cosa, hoy comemos milanesas, llamó tu mamá, cómo te fue en el trabajo. Escucho lo que me dice, hago algún comentario, a veces algún chiste. Y después, me encierro. Paso casi todo el día en silencio, como cuando vivía sola. Cuando se da que los dos estamos sin nada que hacer me pongo a hacer cualquier cosa, siempre aparece algo. Lavo los platos para darle la espalda. Si me preguntan, me gustaría rebobinar hasta ese tiempo cuando creía que él era lo más, el bien encerrado en un cuerpo más alto que el mío. Más vale que no viene bien idealizar, miren lo que pasa, ¿uno se enamora de qué cosas cuando se enamora? Yo quería ser más buena. Una vez me enamoré de un chico que era papá, tenía una hija que se llamaba igual que yo. Otra vez me enamoré de un chico que era todo lo contrario de ese papá, y más chico que yo. Tenía la juventud que yo necesitaba. Otra vez me enamoré de un chico que se parecía a mi tío, sobre todo cuando estaba de espaldas. Otro novio que tuve también era papá, y otro sabía muchas cosas. Otro era psicólogo y me decía que yo era una exagerada. A todos los fui dejando, uno por uno. Mi primer novio era compañero en la universidad, andaba en bicicleta. Un día me acompañó a mi casa, cuando llegamos me dijo “Te amo”. A los dos años se sintió confundido, dijo que necesitaba un tiempo. Después cogimos, me dijo “Te amo”. Después desapareció por varios días. Yo siempre fui resolutiva, me moría de angustia. Lo llamé y cuando vino a mi casa le dije, “¿Vos me querés cortar?”. Dijo que sí, me dio las gracias. Entonces conocí a un fotógrafo que me besó en una placita. Empezamos a salir, mi novio de antes vino y me dijo que quería volver, yo le dije que estaba saliendo con otro y se quiso matar, era una persona que él admiraba. Fue un amor de esos que uno piensa que se va a casar para toda la vida, una pareja que los otros aman. Después me pasó que no quise estar más con él, nunca supe por qué. A él le agarró una enfermedad y yo le dije que no lo quería más, él me dijo por favor quedate hasta que me cure, yo dije que no podía. En una fiesta bailé con un chico muy alto y un amigo nos dijo, “¡A que no se dan un beso!”. A mí me gustaba un amigo de él, pero estaba muy borracha y nos dimos un beso, después otro más largo. Después fui a buscar al amigo y también le di un beso, le dije cosas incomprensibles, cuando terminó la noche me fui a la casa del primero. Fue un descubrimiento, cómo nos divertimos y gustamos y cogimos. No duró mucho tiempo, yo en esa época quería estar con mucha gente y mucho ruido y que me miraran, no estaba para tener novio. Una noche salimos y nos peleamos, fuimos a la casa de sus padres, nos peleamos, fuimos a su casa, cogimos, nos peleamos, él se largó a llorar sentado en un sillón. Cortamos. Nos fuimos a dormir. Al otro día me preguntó, “¿Qué pasa?”. Si yo le hubiera dicho cualquier

cosa linda, otra hubiera sido la historia, pero no tan distinta. Después me arrepentí, quise volver con él, cogimos unos meses pero nunca tuvo la confianza para volver a ser mi novio. Mi psicóloga me dijo que no lo hiciera más, estaba harta de verme llorar. Un día fui a la casa en bicicleta y le dije que no podía coger más con él, que siempre lo iba a estar esperando. En un año difícil conocí a un chico todavía más joven, un chico hermoso que también era bueno. Y yo lo enloquecí. Salimos, al mes le dije que lo quería como amigo, después fui al cumpleaños y nos besamos, después nos fuimos a mi casa. Salimos otra vez, después cortamos. Él se hizo un tatuaje que decía "Hay una luz que nunca se apaga", espero que sea cierto. Después se fue a vivir a otra ciudad, después le dije que lo amaba. Algunas veces fuimos muy felices, él pensó que se casaba conmigo, pensamos el nombre de los hijos. Después le dije por teléfono que me gustaba otra persona. Después me arrepentí, lo fui a buscar en micro. Pasamos días juntos pero me dijo que no podía, después me fue a buscar, cogimos fuerte, se fue a la casa, después me dijo que no podía. No lográbamos terminar de cortar, pero cortamos. Esa vez lloré tanto que casi me desmayo, me daba cuenta de que me había equivocado. Pasé un verano en Entre Ríos con mi mejor amiga. Lloré un montón. Por primera vez, de verdad me dolió cortar con alguien. Ese año fue mucho más difícil, salí con el psicólogo perverso. Salí con el buzo. Con un malo y un tonto, dos relaciones totalmente equivocadas de las que salí, quise volver, volví, los dejé o me dejaron. Después salí con uno que no estaba preparado para el amor, después salí con uno que no quería que le rompieran las pelotas, me dejó de llamar. Después me enamoré de un amigo que vivía con la novia, él también se enamoró de mí, pero se quedó con su señora. Pensé que el amor no era para mí, ahora también lo pienso. Tengo una amiga lesbiana a la que también le va mal con las chicas, ¿por qué no me enamoré de ella? Siento que la salida está en las mujeres, me hice un mundo exclusivamente femenino: leo escritoras mujeres, poetas mujeres, miro mujeres por la calle y en internet. Películas protagonizadas o dirigidas por mujeres. A veces las mujeres leen poemas escritos por varones y los comentan en sus blogs o en Internet, entonces yo también los leo. Leí un cuento de una mujer que se enamora de un cadáver, encuentra un cadáver en su casa y a la noche sueña que él le cebe mate con un chorro de miel. Leí un libro donde una chica rica cuenta sus problemas, motos de agua, caballos árabes, perros de raza, free shops, todas esas cosas incluyen los problemas de esa chica, y los papás que se pelean. En otro libro una chica cuenta que quiere ser monja, luego quiere ser gorda. Tiene una amiga escritora y el marido de ella le hace una mala crítica. Leí una biografía donde una chica cuenta que estaba drogada y la violaron, no está segura pero cree que la violaron. Una vez charlando con un novio nos contamos las cosas que más nos daba vergüenza contar, los secretos sexuales: yo le conté la vez que salí con un chico, fuimos a la casa, estábamos cogiendo y de repente sin avisar me la metió en el culo, me lastimó mucho. Dijo "Pensé que te ibas a copar". Al otro día seguía sangrando. Él me contó que en una época se le dio por ir de putas. Pagaba, elegía la chica. Pedía que le chuparan la pija. No sé por qué, pero no veo la hora de ser vieja. Quiero empezar a vivir, desde ya, como una vieja. Ahora entiendo que el estado ideal, a lo que apuntan todas las mujeres, es a ser viudas. No es necesario mover un solo dedo para que suceda, o capaz sí: apenas acercar el salero, llenar un poco más el vaso de vino, comentar lo indignante que es todo, y esperar. Los maridos siempre mueren primero porque los varones no soportan la vida, nosotras sí la soportamos, y después de la vida nos espera el premio: una viudez hermosa, perfectamente calma. Despertarse todos los días, abrir los ojos y sentir el silencio. Ir al baño con la puerta abierta. Ponerse cualquier cosa y empezar el día, no tener que preguntarle a nadie cómo está, no tener que escuchar las opiniones de nadie, ni el noticiero, ni la radio. Ya no tener que fingir más. Recibir las visitas de los nietos, de los hijos, escucharlos y vivirlo todo desde un costado amable, casi secreto. Jugar a la canasta. Cambiar toda la historia, olvidarse de lo malo, hacer que todo sea a nuestro

gusto. En la vejez, todas las mujeres se vuelven escritoras. Y llevan al marido muerto, esa historia de amor, en la solapa como una joya totalmente única, algo que lucir y mostrar a los otros. Como un broche. A veces voy de visita a la casa de mis padres, mi papá aturde con los gritos y la música fuerte. Cuando se va con el auto, mi mamá y yo estamos casi en silencio, hablamos tan bajo que nadie que estuviera cerca podría escucharnos. Ella cose, yo le cebo mate. Pero además, a nadie le podría importar lo que decimos, y lo decimos todo. A veces viene mi suegra de visita, trae comida, charlamos de las cosas de la casa. Me cuenta anécdotas terribles, nos lamentamos, o me cuenta cosas de su vida y estamos muy tranquilas. Nadie levanta la voz, nadie empuja las cosas, nadie tironea. A veces voy a visitar a una amiga y charlamos en el patio. Es la hora de la siesta, nos decimos secretos. Cuando están solamente las mujeres, la casa está en calma.